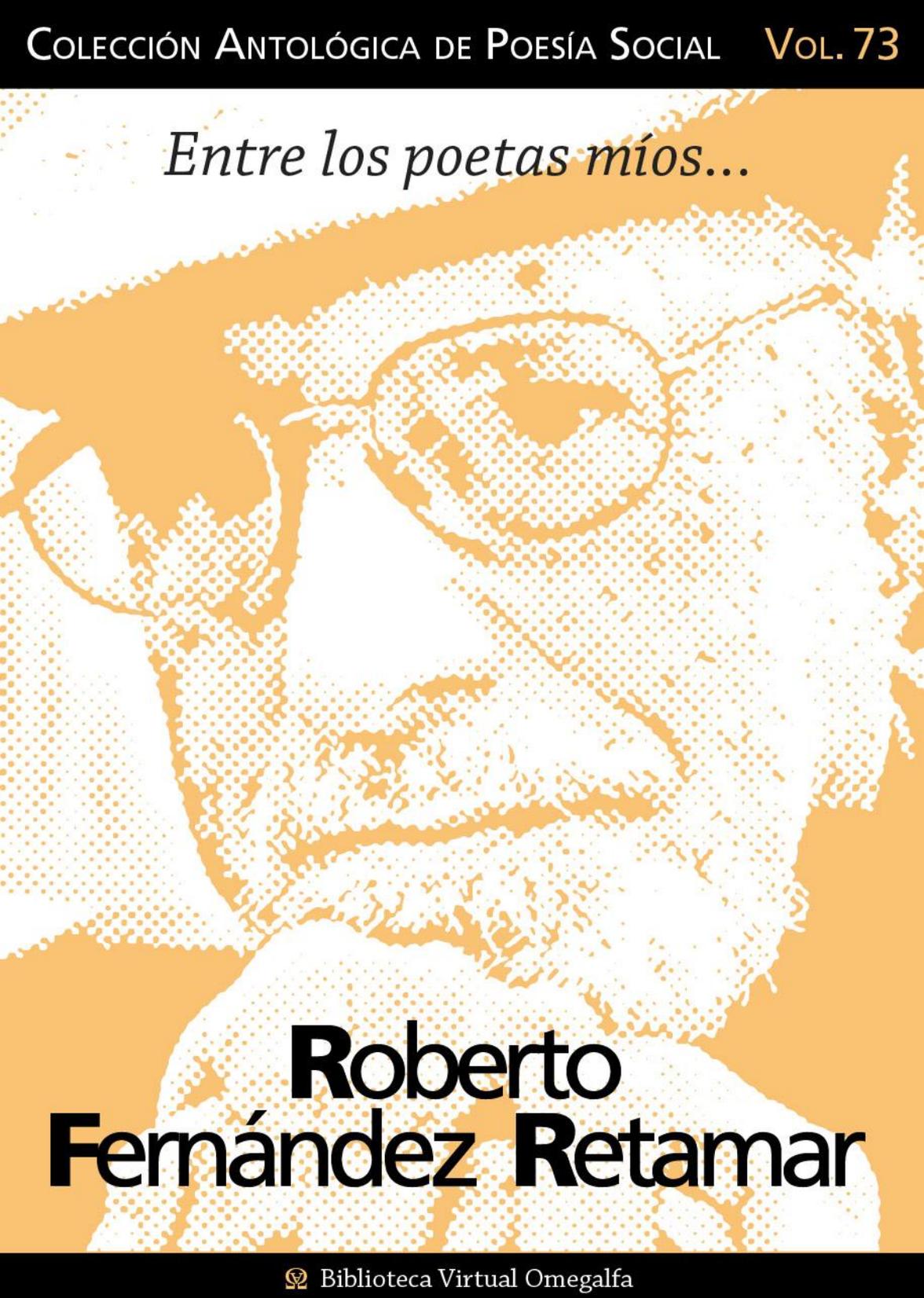


*Entre los poetas míos...*



**Roberto  
Fernández Retamar**

**C**ON el título genérico “Entre los poetas míos” venimos publicando, en el mundo virtual, una colección de cuadernos monográficos con los que deseamos contribuir a la divulgación de una poesía crítica que, con diversas denominaciones (“poesía social”, “poesía comprometida”, “poesía de la conciencia”...) se caracteriza por centrar su temática en los seres humanos, bien sea para ensalzar sus valores genéricos, o bien para denunciar los atropellos, injusticias y abusos cometidos por quienes detentan el Poder en cualquiera de sus formas.

*Poesía ésta que no se evade de la realidad, sino que incide en ella con intención transformadora. Se entiende por ello que tal producción y sus autores hayan sido frecuentemente acallados, desprestigiados, censurados e incluso perseguidos por dichos poderes dominantes.*

*Se trata, en fin, de una poesía no neutral, teñida por el compromiso ético de sus autores.*

*Los textos aquí incorporados proceden de muy diversas fuentes. Unos de nuestra biblioteca personal, otros de Internet.*

*La edición digitalizada de estos cuadernos poéticos carece de toda finalidad económica. No obstante, si alguien se considera perjudicado en sus legítimos derechos de propiedad intelectual, rogamos nos lo haga saber para que retiremos los textos cuestionados.*



## *Entre los poetas míos...*

### Roberto Fernández Retamar

(1930)

Escritor cubano nacido en La Habana el 9 de junio de 1930. Tras licenciarse en Filosofía y Letras, obtuvo una beca que le permitió doctorarse en la universidad francesa *La Sorbona*. Fue invitado por la Universidad de Yale para dar un curso sobre Literatura hispanoamericana. En Praga y Bratislava también dictó conferencias sobre dicha literatura.

A lo largo de su vida ha desempeñado diversas actividades en el campo literario, educativo y político.

Por su creación lírica pertenece a los “poetas de la Revolución”, siendo uno de los mejores exponentes del coloquialismo hispanoamericano. Su obra artística se inició tempranamente con el poemario *Del principio* (1948-1949), donde se aparta del hermetismo predominante hasta entonces en la lírica cubana, utilizando una expresión clara e irónica que en algunos versos se hacía coloquial. Ese tono se desarrolló más aún en *Alabanzas, conversaciones* (1951-1955) y en *Vuelta a la antigua esperanza* (1959) y culminó tras el triunfo revolucionario en *Con las mismas manos* (1962), *Historia antigua* (1965), *Buena suerte viviendo* (1966) y *Que veremos arder* (1970). Otros títulos son: *Elegía como un himno* (1950), *Mi hija mayor va a Buenos Aires*, *Una salva de porvenir* y *Vuelta de la antigua esperanza*. Sin embargo, para un sector de la crítica, lo mejor de la poesía de Retamar se encuentra en sus textos más íntimos y menos programáticos, como los que integran *A quien pueda interesar* (1970).

La obra poética de Retamar le ha merecido premios como el *Premio Nacional de Poesía* por su libro «Patrias» en 1951, el *Premio Latinoamericano de Poesía Rubén Darío*, el *Premio Internacional de Poesía Nikola Vaptsarov de Bulgaria*, el *Premio Internacional de Poesía Pérez Bonalde* de Argentina (1995), el *Premio nacional de Literatura* 1989, el *Premio de la Crítica Literaria* por «Aquí» en 1996 y la *Medalla oficial de las Artes y las Letras*, otorgada en Francia, en 1998.

Además de poeta, nuestro autor ha dirigido publicaciones como *Nueva Revista Cubana* en 1959-60 y *Casa de las Américas* desde 1965. Es Fundador de la *Unión de Escritores y Artistas de Cuba*, de la revista *Unión* y forma parte de la *Academia de la Lengua* de su país.

También ha ocupado cargos políticos como el de diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular de Cuba (1988) y miembro del Consejo de Estado. Por otro lado, ha sido jurado de varios premios literarios prestigiosos.

Retamar es conocido como polémico ensayista y defensor del castrotrismo, de lo que es buena muestra su libro *Calibán*, de 1971, donde ataca la posición antirrevolucionaria de algunos autores contemporáneos.



***A un poeta de antes***

Vivió. Sufrió. Murió. ¿Monotonía?  
¿Deslumbramiento? Júzguelo quien pueda.  
En su tiempo amó al tiempo y al espacio.  
Hoy su espacio no es casi nada, y nada  
aquel tiempo, que el nuestro ha devorado,  
y quizás a él también, bajo la forma  
de aves, de caracoles o legumbres.  
Tuvo una historia que se nos escapa.  
Algo ha llegado, sin embargo, de él:  
Lo festejaron por lo que no era,  
Y lo atacaron por lo que no fue.  
¡Ah, poeta de antes!

¡Ah, poeta!

<http://www.literatura.us/roberto/arder.html>

***Al devolver el original de un poema que apenas es mío***

Es de quienes escribieron los versos que cité.  
Es de los inventores y rehacedores de sus palabras.  
Es de la persona que lo guardó con tanto celo que casi no dio  
    luego con él.  
Es de alguien que decide apropiárselo.  
Es otra forma de la casualidad.  
Es la renovada ilusión de desempeñar el papel de las flores.  
Es una avanzadilla de la esperanza.  
Es de unos ojos.  
Es probablemente irreal.

Fuente: *A media voz*

## *Canciones de pocas palabras*

1

Muchas son las palabras  
del idioma:  
Palabras grandes  
como animales, raras  
a veces, y otras  
pequeñas  
y oscuras,  
hechas de piedra  
y noche.  
Pero no son  
muchas  
las palabras  
que necesitamos  
para decir las cosas  
sin las cuales  
no podríamos  
vivir.  
Para pedir un vaso  
de agua,  
para llamar  
a la madre,  
para amar.

2

¿Cuántas palabras  
necesitas  
para enamorar?  
Apenas la palabra  
Querer, la palabra  
Flor,  
la palabra  
que al fin  
no vas  
a encontrar.

3

Antes de ser,  
un poema  
es  
una hoja blanca  
y un montón de memorias,  
una hoja blanca  
y el corazón entusiasmado,  
una hoja blanca  
y más deseos de vivir,  
una hoja blanca  
y el pueblo cantando en las calles,  
una hoja blanca  
y el trueno de la Revolución.

De: *Cartas y otros poemas*

### ***Como a ellos***

No tenías más que una vez para nacer  
y naciste cojo, tuerto, enano  
o un poco tonto.  
Desde luego que nadie se daría cuenta de que eres cojo  
si te quedaras sentado tranquilo;  
Y nadie sabría, tuerto, lo que te pasa,  
poniéndote así, de perfil;  
Y quién iba a averiguar que eras enano  
si te limitarás a escribir cartas o a llamar por teléfono;  
Y callado, sin decir nada,  
no hay forma de que sepan que eres tonto.

Ah, pero yo los conozco como si fuera ustedes mismos:  
Y sé, cojo, que te levantarás y echarás a andar;  
Y que tú, tuerto, de pronto vas a mirar de frente;  
Y que tú, enano, dejarás esa pluma, colgarás el teléfono  
y te plantarás imprudentemente cara a cadera;  
Y que tú, tonto (como quien dice) de capirote,  
vas a echarte a pensar y a hablar.  
Y así todo el mundo, todo el mundo,  
va a saber lo que les ha pasado a ustedes  
la única vez que tenían para nacer.

Vaya, como a ellos.

<http://www.literatura.us/roberto/arder.html>

***Con las mismas manos de acariciarte***

Con las mismas manos de acariciarte estoy construyendo una  
[escuela.  
Llegué casi al amanecer, con las que pensé que serían ropas de  
[trabajo,  
pero los hombres y los muchachos que en sus harapos esperaban  
todavía me dijeron señor.

Están en un caserón a medio derruir,  
con unos cuantos catres y palos: allí pasan las noches  
ahora, en vez de dormir bajo los puentes o en los portales.  
Uno sabe leer, y lo mandaron a buscar cuando supieron que yo  
[tenía biblioteca.  
(Es alto, luminoso, y usa una barbita en el insolente rostro  
[mulato.)

Pasé por el que será el comedor escolar, hoy sólo señalado  
[por una zapata  
sobre la cual mi amigo traza con su dedo en el aire ventanales  
[y puertas.  
Atrás estaban las piedras, y un grupo de muchachos las trasla-  
daban en veloces carretillas. Yo pedí una  
y me eché a aprender el trabajo elemental de los hombres  
[elementales.

Luego tuve mi primera pala y tomé el agua silvestre de los  
[trabajadores,  
y, fatigado, pensé en ti, en aquella vez  
que estuviste recogiendo una cosecha hasta que la vista se te  
[nublaba  
como ahora a mí.

¡Qué lejos estábamos de las cosas verdaderas,  
Amor, qué lejos —como uno de otro—!  
La conversación y el almuerzo  
fueron merecidos, y la amistad del pastor.  
Hasta hubo una pareja de enamorados  
que se ruborizaban cuando los señalábamos riendo,  
fumando, después del café.

No hay momento  
en que no piense en ti.

Hoy quizás más,  
y mientras ayude a construir esta escuela  
con las mismas manos de acariciarte.

Fuente: [Cuba Literaria](#), [Fernández Retamar](#)

***Deber y derecho de escribir sobre todo***

Absurda la idea de que sólo puedes escribir sobre lo que te ha ocurrido.

(Lo pequeño, lo ínfimo que le ha ocurrido a ese cuerpo, a esa vida entre sus fechas),  
como si todo no te hubiera ocurrido, como si hubiera una tarde que no cayera para ti,  
como si todos los imperios destruidos, aventados por los desiertos,  
devorados por las selvas,  
no hubieran conducido hasta ti;  
Como si el más lejano astro, extraviado al borde del universo,  
y también los astros que hoy ya no existen,  
y las nebulosas pensativas,  
no hubieran trabajado, sabiéndolo o sin saberlo,  
para ti, para este instante, para este poema  
que se escribe gracias al aliento exhalado por Miranda o por Jenofonte,  
con un trozo sobrante de Casiopea.

Fuente: [Literatura.us](http://Literatura.us): Roberto Fernández Retamar

### ***Desagravio a Federico***

En un poema (por otra parte más bien malo) acabo de leer,  
y me ha impresionado,  
que no se grabó tu voz, de la que tanto hablan los que te  
conocieron;  
que no se grabó tu voz, y que esos nuevos viejos,  
esos hombres de más de sesenta años que empiezan ahora  
a extinguirse en masa,  
y que fueron tus maravillados coetáneos,  
están, al morirse, llevándose consigo, borrando de la tierra  
la última memoria de tu voz.  
Dentro de poco tiempo (digamos otros treinta años),  
no quedará nadie en el planeta  
que pueda recordar cómo tú hablabas,  
cantabas,  
reías,  
presumiblemente llorabas.

Tu voz será olvidada para siempre.  
Así también serás todo tú olvidado  
dentro de trescientos,  
tres mil  
o treinta mil años.  
Quizá se olvide hasta la idea misma de la poesía,  
eso de que eras dueño,  
y que por una parte mira a las palabras  
y por la otra al alma.

Hay pues que apresurarse  
a hacerte el desagravio,  
fresca todavía la muerte.  
Porque después de un deslumbramiento adolescente,  
en que te pasábamos de mano en mano, hecho tan sólo un

nombre, como Sócrates o Leonardo  
(Los otros eran Machado, Unamuno, Martí, Neruda, Alberti.  
Sólo Juan Ramón y tú  
eran Juan Ramón y Federico);  
después de entonces,  
llegaron los otros  
y vinieron los días de negarte.

Qué injusticia, Federico,  
qué injusticia —quizás imprescindible:  
los vivos se nutren de los muertos,  
pero no lo proclaman.  
Ahora es necesario que te rindan homenaje  
no sólo los discurseros  
y los que te hacen biografías y estudios,  
sino los negros magníficos que amaste y que desafían a perros  
y a blancos,  
las diez mil prostitutas que amenazan con desfilar por Santiago  
de Chile,  
los pobres muchachos equívocos, las salamandras de cinco  
patas, arrojados del mundo,  
los sobrantes, los estupefactos.  
Y los poetas.

Ahora que vamos a tener la edad  
que es la tuya para siempre,  
es un acto de justicia  
tan fatal, tan necesaria como la otra injusticia,  
decir que teníamos razón entonces, a la salida apenas  
de la niñez,  
cuando *Federico* era un nombre electrizado,  
una llama que se intercambia en las tinieblas,  
un tesoro, un amigo inolvidable arrebatado en la noche en que  
empezó el invierno.  
Sabías más, eras mejor, y el candor o la inocencia  
o la avidez o el desamparo  
te descubrían para crecer.

Mi raro, mi sobrecogedor hermano mayor,  
antes de que desaparezcas para siempre,  
con los tobillos rotos, complicados instrumentos músicos  
al cuello,  
los ojos arrasados en lágrimas,  
el pecho y la cabeza agujereados;  
Antes de que desaparezcamos para siempre,  
voy a abrazarte, más bien emocionado,  
en este viento que nos enseñaste a nombrar  
con palabras que te ibas sacando del bolsillo,  
y eso que para entonces ya estabas muerto, muerto,  
y no eras sino páginas, y ya habían empezado a perderse  
las palabras de carne y hueso que hicieron estremecer al  
mundo  
hasta ese agosto de 1936, hace ahora treinta años,  
en que las bestias siempre al acecho te fusilaron porque sí,  
porque todo,  
porque así se terminan los poetas.

Fuente: [Festival de Medellín. Revista](#)

***Duerme, sueña, haz***

*«Duerme bajo los Ángeles, sueña bajo los Santos»*

Rubén Darío

Echan abajo muros que nunca debieron existir  
y levantan o refuerzan otros que no deben existir tampoco  
y un día serán a su vez abajados con estruendo.

Avanzan tanques en la sombra.  
Derriban estatuas de gallardos combatientes  
cuyas imágenes verdaderas fueron erigidas para siempre  
en el alma.  
Desaparecen o aparecen o se desgarran países  
y otros son invadidos, mutilados,  
y hay lugares donde se celebra con fiestas de colores el crimen  
que denuncia una vocecita de niña sola entre altos cristales.  
Cambian de rumbo armas que ahora sólo apuntan al Sur.

Y tú,  
Príncipe, campeón, pirata, capitán, copo de plumas,  
Robín por ahora de bosques de lino,  
Tigre rojo  
en quien tras muchas décadas han reaparecido  
los nombres de los hijos mayores  
de quienes se alegrarían tanto de saberlo  
si no fueran ya polvo en la sombra, sombra en el polvo;

Deseado en largas noches de África,  
concebido en Cuba por amor, para el amor,  
sin saber que en tus hombros hoy de rosa  
debes sostener las constelaciones de fuego y la historia,  
más rigurosa, más implacable que las constelaciones,  
estás cumpliendo tus primeros dos meses de haber venido  
a este extraño planeta, a esta increíble casa en llamas.  
Y como naciste águila y no serpiente de cascabel,  
potro libre en la llanura y no borrego,

te toca rehacerla y engrandecerla  
palmo a palmo,  
trino a trino,  
flor a flor.

Perdónalos,  
Perdónanos,  
Perdóname,  
Phocás.

De Festival de Poesía de Medellín. Revista

## ***El capitán***

Alguien dice: -Yo conocí al capitán  
cuando, muchacho aún, en una oscura  
tienda de calle oscura, desgarrado y tímido  
vendía zapatos. Se movía con servicial torpeza,  
varios pares bajo el brazo, o los hacía saltar  
como delfines: el amarillo suave, el blanco.  
El vendedor de zapatos es hoy el héroe.  
Yo lo conocí.

Y sin embargo, no (debo decirle, yo que no lo conocí):  
Él magnífico lo fue siempre.  
En la confusa juventud, guardado en el bolsillo  
viajaba un raído libro  
de su magra y chispeadora biblioteca.  
Ganaba el pan en cualquier oficio, y en espera  
de la tarea mayor que planeaba sobre él,  
tras de ascender como un ángel hacia celestiales zapatos  
se deslizaba en un rincón, y mordía  
las palabras simples y decisivas del cuaderno  
que apresurado hojeaba.  
El héroe distraía entre ropajes absurdos,  
junto a esa triste cerveza de las seis de la tarde,  
los años que preparaban su advenimiento.  
Yo, que no lo conocí,  
lo imagino de vuelta del combate,  
Jadeante, cansado, feliz acaso,  
echarse bajo un solitario árbol,  
memorioso de una niñez increíblemente atrás,  
en un barrio roto y alegre,  
mientras sus dedos raramente sabios  
acarician la correosa piel de sus botas.

De: *Sí a la revolución* (1958-1962)

***El otro***

Nosotros, los sobrevivientes,  
¿A quiénes debemos la sobrevida?  
¿Quién se murió por mí en la ergástula,  
Quién recibió la bala mía,  
la para mí, en su corazón?  
¿Sobre qué muerto estoy yo vivo,  
sus huesos quedando en los míos,  
los ojos que le arrancaron, viendo  
por la mirada de mi cara,  
y la mano que no es su mano,  
que no es ya tampoco la mía,  
escribiendo palabras rotas  
donde él no está, en la sobrevida?

*De: A quien pueda interesar: (poesía, 1958-1970).*

***En el mar. Ítaca***

Al marinero grande acodado en el barco  
interrogamos sobre la piedra vasta y agria  
que algo turbada de cipreses sale del mar.  
Se llama Ítaca. Querríamos saber  
dónde vivió el astuto, dónde hizo  
quemar el flanco grasiento de las vacas, dónde  
tendía su arco para hacer volar las maderas,  
para cuidar a quien desvela el lino.  
Todo arrancado con tierra y papeles de los ojos.  
Pero el marino, que ha estado lejos,  
arrojado como un pan viejo fuera de su mesa;  
que vio La Habana una tarde  
y el Japón pintado de temblor violeta cuarenta días después,  
desde el filo del barco nos dice:  
*Odiseo ha muerto.*  
Y mientras tanto  
los emigrantes han ido subiendo como caballos.

De: *Festival de Poesía de Medellín. Revista*

***Epitafio de un invasor***

*Agradecido a Edgar Lee Masters*

Tu bisabuelo cabalgó por Texas,  
violó mexicanas trigüeñas y robó caballos  
hasta que se casó con Mary Stonehill y fundó un hogar  
de muebles de roble y God Bless Our Home.

Tu abuelo desembarcó en Santiago de Cuba,  
vio hundirse la Escuadra española, y llevó al hogar  
el vaho del ron y una oscura nostalgia de mulatas.

Tu padre, hombre de paz,  
sólo pagó el sueldo de doce muchachos en Guatemala.  
Fiel a los tuyos,  
te dispusiste a invadir a Cuba, en el otoño de 1962.

Hoy sirves de abono a las ceibas.

Fuente: *Poemas del alma*

## **Epitafio en Girón**

Abandonado el sembradío o el beso  
o el monte del oscuro carbón,  
avanzamos sobre los invasores que armara el extranjero  
miserable.

Defendimos con nuestros pechos trabajadores  
no solo este territorio mitad tierra mitad agua,  
sino la isla toda, y más allá de sus costas  
el inmenso mundo que confiaba en nosotros  
-hasta caer, agujereadas las camisas azules y verdes-.

Viajero: ve a decir a nuestros hermanos vivos  
que aquí sigue flameando la bandera de Cuba  
y da sombra a la fértil cosecha de nuestros huesos.

De: *Cartas y otros poemas*

## ***Esta tarde y su lluvia***

El día es claro y firme ahora. Ha llovido.  
Hay un vago recuerdo de la lluvia en el aire.  
Las grandes hojas guardan sus minúsculas ruinas  
—Múltiples ojos claros, gotas limpias y débiles—  
Pero ya el cielo está sencillamente azul  
(También, es cierto, hay grandes nubes blancas  
que ondean su orgulloso algodón y sonrén),  
y el aire y su recuerdo se recuestan y duermen.  
Esta tarde y su lluvia, he pensado en tus ojos.  
Esta lluvia he pensado en tu piel, y esta tarde,  
con su cielo y sus nubes, he pensado en tus ojos.  
Una tarde, me he dicho, lloverá frescamente,  
lloverá en nuestras flores, lloverá en nuestras hojas,  
nuestra casa será regida por la lluvia.  
(Allí sus hilos largos, de cristal delgadísimo,  
se enredarán quizá en nuestros propios pasos.)  
Una tarde tan clara como esta misma tarde,  
lloverá en nuestra casa.  
Por eso hoy, inexplicablemente,  
mientras su red sin peces descendía la lluvia,  
mientras las grandes flores acercaban sus labios  
hacia ese largo beso, yo pensaba en tus ojos  
tan tristes como míos, y en tus manos, y en ti,  
y en otra tarde casi como ésta.

Fuente: [Arte poética: Roberto Fernández Retamar](#)

### ***Felices los normales***

Felices los normales, esos seres extraños,  
los que no tuvieron una madre loca, un padre borracho, un hijo  
delincuente,  
una casa en ninguna parte, una enfermedad desconocida,  
los que no han sido calcinados por un amor devorante,  
los que vivieron los diecisiete rostros de la sonrisa y un poco  
más,  
los llenos de zapatos, los arcángeles con sombreros,  
los satisfechos, los gordos, los lindos,  
los rintintín y sus secuaces, los que cómo no, por aquí,  
los que ganan, los que son queridos hasta la empuñadura,  
los flautistas acompañados por ratones,  
los vendedores y sus compradores,  
los caballeros ligeramente sobrehumanos,  
los hombres vestidos de truenos y las mujeres de relámpagos,  
los delicados, los sensatos, los finos,  
los amables, los dulces, los comestibles y los bebestibles.  
Felices las aves, el estiércol, las piedras.

Pero que den paso a los que hacen los mundos y los sueños,  
las ilusiones, las sinfonías, las palabras que nos desbaratan  
y nos construyen, los más locos que sus madres, los más  
borrachos  
que sus padres y más delincuentes que sus hijos  
y más devorados por amores calcinantes.  
que les dejen su sitio en el infierno, y basta.

Fuente: *A media voz*

## ***Hacia el anochecer***

Hacia el anochecer, bajábamos  
por las humildes calles, piedras  
casi en amarga piel, que recorríamos  
dejando caer nuestras risas  
hasta el fondo de su pobreza.  
Y el brillo inusitado del amigo  
Iluminaba las palabras todas,  
y divisábamos un poco más,  
y el aire se hacía más hondo.

La noche, opulenta de astros,  
cómo estaba clara y serena,  
abierta para nuestras preguntas,  
recorrida, maternal, pura.  
Entrábamos a la vida  
en alegre, en honda comunión;  
Y la muerte tenía su sitio  
como el gran lienzo en que trazábamos  
signos y severas líneas.

Fuente: *Poemas del alma: Roberto Fernández Retamar*

## **Los feos**

*A Alejo Carpentier*

*La mano o el ojo inmortal  
que hizo el cielo estrellado, esta bahía,  
este restorán, esta mesa  
(y hasta hizo el tigre de Blake),  
también la hizo a ella, y la hizo fea.*

Algo en los ojos, en la nariz,  
en la boca un poco demasiado pequeña,  
o en la frente interrumpida antes de tiempo  
por cabellos de color confuso;  
algo insalvable para siempre,  
que resiste al creyón de labios y al polvo,  
hace que esta noche, junto a la bahía,  
en el restorán El Templete,  
esta noche de suave brisa marina  
y vino tinto y amistad,  
ella esté sola en una mesa,  
mirando quizá en el plato de sopa  
la imagen movediza de su cara,  
de su cara de fea, que hace vacilar  
el orden de todo el universo,  
hasta que llega un hombre feo  
y se sienta a su mesa.

En: [Cuba Literaria: Roberto F. Retamar](#)

### ***Los poetas nos han dejado dicho***

Los poetas nos han dejado dicho:  
No grabar en la piedra, que no crece,  
sino en los árboles, que van andando  
hacia arriba, en el Bite,  
y ponen los nombres  
grandes, bajo la luz, como banderas.  
Pero la piedra guarda líneas  
cuando ya el árbol es ceniza o mueble.  
Cuando alguien come, sueña o yace  
entre los restos pintados del árbol,  
hay una piedra igual, inmóvil, ni mayor  
ni más pequeña, ostentando en su pecho pálido  
el garabato feroz de unas letras,  
hasta más allá de la vida del hombre  
que una tarde las inscribió  
riendo, soñando y recordando.

De: *La poesía cubana de la Revolución*

### ***Los que se casan con trajes alquilados***

Los que se casan con trajes alquilados,  
desmemoriados,  
olvidados  
de que dentro de dos días  
tanto principesco telar,  
acompañado de la gárrula tarde  
y de lágrimas aducidas al final,  
debe estar devuelto, lo menos ajado posible  
(El anuncio compartía una enorme pared  
con un letrero absurdo, ¡y sin embargo!);  
Y recordando en cambio, sin duda,  
que en cinco, seis horas yacerán gloriosos,  
avanzan incorruptibles, pálidos  
como guantes.  
Ella,  
difícil y vigilada;  
Y él,  
feliz, aunque no pudieron del todo arregarle  
la espalda, y el hombro le tira un poco.

Fuente: [www.artepoetica.net](http://www.artepoetica.net)

## ***Llama guardada***

Cómo podía él saber que su poema,  
encontrado una noche blanca de vago andar,  
en un país distante que ella aún no conocía,  
era en los ojos de ella que se haría realidad.

Recuerda que buscaba esa noche a alguien o algo,  
recuerda la avenida de su lento paseo,  
y recuerda la vuelta a la alcoba vacía,  
y después las palabras como un amargo espejo.

Solitario él, perdido, esperaba anhelante  
en vano una respuesta de aquella noche blanca.  
Y los dos ignoraban que entonces lejos, cerca,  
para él ella cuidaba su honda llama guardada.

<http://amediavoz.com/fernandezRet.htm>

## ***Oyendo un disco de Benny Moré***

Es lo mismo de siempre:  
¡Así que este hombre está muerto!  
¡Así que esta voz  
delgada como el viento, hambrienta y huracanada,  
como el viento,  
es la voz de nadie!

¡Así que esta voz vive más que su hombre,  
y que ese hombre es ahora discos, retratos, lágrimas,  
un sombrero  
con alas voladoras enormes  
—y un bastón—!

¡Así que esas palabras echadas sobre la costa plateada  
de Varadero,  
hablando del amor largo, de la felicidad, del amor,  
y aquellas, únicas, para Santa Isabel de las Lajas,  
de tremendo pueblerino en celo,  
y las de la vida, con el ojo fosforescente de la fiera ardiendo en  
la sombra,  
y las lágrimas mezcladas con cerveza junto al mar,  
y la carcajada que termina en punta, que termina en aullido,  
que termina  
en qué cosa más grande, caballeros;  
Así que estas palabras no volverán luego a la boca  
que hoy pertenece a un montón de animales innombrables  
y a la tenacidad de la basura!  
A la verdad, ¿quién va a creerlo?  
Yo mismo, con no ser más que yo mismo,  
¿No estoy hablando ahora?

Fuente: *Poemas del Alma*. Roberto Fernández Retamar

## ***Palacio cotidiano***

Yo decía que el mundo era una estrella ardiente,  
laberinto de plata, cerrazón con diamante:  
y ahora descubro el júbilo de la estancia minúscula,  
la vida emocionada del vaso entre mis labios,  
más cristalino y claro si el sol se apoya y canta  
en sus paredes límpidas. Ahora veo el dorado  
temblor que se levanta del pedazo de pan,  
y el crujido caliente de su piel. Y me es fácil  
entrar en el palacio cotidiano, manual,  
de las enredaderas del patio, donde un príncipe  
de silencio y de sombra calladamente ordena.

Y es que a esta vivienda que va horadando el tiempo  
-la cual es más hogar mientras es más profunda-  
tú trajiste la primavera de tu beso;  
trajiste tus sonrisas, como una fina lluvia  
vista entre los cristales; trajiste ese calor  
dulce, para el reposo, para el sueño posible.  
Y supe que era bello el mundo aun fuera de ese  
centro de perfección: el amoroso palio  
del rocío, y el vidrio que calza y rompe el aire.  
Yo sentí levantarse un pueblo de pureza  
allí donde vivían ayer muebles y hierros.

Como quien abandona las lanzas y destina  
sus manos a los árboles, que se vuelven viviendas,  
mis ojos, amarrados a relámpagos de oro,  
dejo caer ahora sobre la pobre mesa,  
sobre la luz medida que ha inundado mi casa,  
sobre el silencio y la quietud que la acompañan:  
y miran cómo sale un sereno color,  
una vida armoniosa y honda de sus cuerpos.

Fuente: *Poemas del Alma*. Roberto Fernández Retamar

## **Que veremos arder**

*A Marcia Leiseca, conversando  
Hacia la Plaza de la Revolución*

Abel derramó su sangre en el comienzo.  
No lo siguieron más que los humildes, los olvidados.  
Y, luego de andar sobre el mar,  
quedaron doce, y todo empezó de nuevo.  
Bajaron con barbas al romper el año,  
y tuvieron discípulos sobre la vasta tierra.

Esto lo sabía ya el libro.  
Pero los símbolos que ellos hicieron  
no tenían libro: los que hicieron las cosas  
no tenían nombres, o al menos sus nombres  
no los sabía nadie. Las fechas que llenaron  
estaban vacías como una casa vacía.

Ahora sabemos lo que significan Cuartel Moncada, 26,  
lo que significan Camilo, Che, Girón, Escambray, octubre.  
Los libros lo recogen y lo proponen.  
El viento inmenso que lo afirma barre las montañas y los llanos  
donde los que no tienen nombre,  
o cuyos nombres no conoce nadie todavía,  
preparan en la sombra llamaradas  
para fechas vacías que veremos arder.

En: *Que veremos arder*, 1966-1969

## **Sólo existe**

Sólo existe de veras quien dialoga,  
y rostro a rostro con el gran aire,  
en jadeo con las cosas totales,  
les va sacando voces, letras  
que con dura piedra negaban.

Sólo es quien agrietó la luz  
y le vio la terrible cara dorada,  
le vio el hueso a la mañana,  
el polvo fijo al árbol, al  
que va riendo, su quemadura.  
Pero pesa como definitivo hierro,  
siendo, ese de vista verdadera  
que ve las alcándaras del aire,  
el delicadísimo halcón de la tarde  
cayendo sobre oscura presa.

Fuente: *Arte Poética: Roberto Fernández Retamar*

## ***Sonata para pasar esos días y piano***

*A Lisandro Otero*

Que realmente fue tremendo,  
entre bombas que casi seguro que llegaban  
y cohetes que finalmente se fueron,  
y que si sí y que si no.  
El kennedi hasta habló de cenizas en los labios,  
y los pedantes dijeron: Eliot, Eliot.  
Pero la mayoría no dijo nada  
(O se limitó a decir a los amigos: «Fue bueno haberte conocido»):  
Se puso el uniforme de miliciano,  
y a ver qué es lo que había que hacer.  
Cada mañana, cuando se abría los ojos,  
venían y le decían a uno: anoche pasamos un peligro tremendo,  
estuvimos a punto de termonuclearnos todos en el planeta.  
Uno se sentía contento de haber amanecido.  
El día empezaba a estirarse lenta, lentamente.  
Cada hora, cada minuto eran preciosos,  
y en cada hora pasaba un montón de cosas.  
Entre las seis y las ocho llegaban los periódicos, el café con leche y las  
primeras llamadas.  
A las ocho era despedirse a lo mejor para siempre.  
A la tercera o cuarta vez de hacerlo, la imagen de Héctor y Andrómaca  
se había debilitado mucho.  
Entre las ocho y las diez, rodeados de gente que llegaba, llamadas,  
saludos, mensajes,  
Las noticias más frescas empezaban a desbordar las redacciones:  
Se conversaba, no se conversaba, si se conversara.  
Conversación, sinversación, verconsación.  
A la hora del almuerzo se había adelantado muy poco y se comía sin  
apetito.  
Después había una reunión, otra reunión, la misma reunión.  
Alguien llegaba con nuevas noticias: cartas cruzadas, palabras cruzadas,  
dedos cruzados.  
Los que entraban y salían iban oscureciendo el día

Hasta que era de noche nuevamente.  
El periódico de la tarde por una vez tenía noticias distintas a las de la mañana.  
A la hora de acostarse (aunque fuera sobre una dura mesa de palo) parecía que, en fin, según, sin, so, sobre, tras.  
Con esa esperanza copiosa se dormía,  
aunque sabíamos que a la mañana iban a decirnos  
que por la noche habíamos corrido un peligro mortal.  
Era necesario dormir ese peligro, como el viajero del avión  
que se entera, al llegar a tierra,  
que durmió la noche sobre el Pacífico con un solo motor en el aparato,  
y recuerda que se había olvidado de asustarse.  
A las setenta y dos horas, ya se conocía el ritmo:  
Peligro mortal-amanecer-pesimismo-poco almuerzo-posibilidad-dormir-  
Peligro mortal — etcétera  
Entonces vino lo que vino y lo que se fue  
Y vino que,  
entonces,  
—El piano, por favor.

Fuente: *Festival de poesía de Medellín: Revista*

## Súplica del ciego

Se olvidaba al ciego, sentado  
en un rincón de la tosca vivienda.  
Sabía del mundo por los ávidos  
y minuciosos dedos que como algas  
andaban por las cosas; y por  
los encontronazos que no podía  
evitar su cayado; pero sobre todo  
por el leal oído, despierto  
aun cuando dormitaban los secos ojos.  
Y los oídos le decían  
otra vez, otra vez, las ásperas  
palabras de los hombres  
cuyos pies se repetían taurinos, cuyas copas  
de labrados metales entrechocaban,  
cuyas armas revolaban, pájaros enormes  
entre risotadas imperiales.  
El vacilante ciego que había olvidado  
el brillo de la espada y el color de la sangre,  
sentado en su rincón, quería  
habitar también esa vida  
que era la vida de los otros.  
Y recordó los verdaderos imaginarios,  
otros para todos,  
aun para los impetuosos de la casa  
que fatigaban su laborioso oído.  
Y suplicó a la arisca deidad  
que se los entregara vivos  
a él, el arrinconado, el inútil.  
Le musitó para comenzar: “Musa,  
canta del Peleida Aquiles la cólera...”.

De: *Sí a la revolución, 1958-1962*

***Una salva de porvenir***

*A Jacqueline y Claude Julien.*

*A Fina y Cintio.*

No hay pruebas.  
Las pruebas son que no hay pruebas.  
No estaban, no están, no estarán dadas las condiciones.  
Creer porque es absurdo,  
y creemos.  
Más absurdo que creer es ser,  
y somos.  
Nada garantiza que fuera menos absurdo  
no ser ni creer.  
Las llamadas pruebas yacen por tierra,  
húmedas reliquias de la nave.  
Se derrumbaron las estatuas mientras dormíamos.  
Eran de piedra, de mármol, de bronce.  
Eran de ceniza,  
y un grito de ánades las hizo huir en bandadas.  
No guardar tesoros donde  
la humedad, los bichitos los mordisqueen.  
No guardar tesoros.  
El tesoro es no guardarlos.  
El tesoro es creer.  
El tesoro es ser.  
No existen las hazañas ni los horrores del pasado.  
El presente es más veloz que la lectura de estas mismas palabras.  
El poeta saluda las cosas por venir  
con una salva en la noche oscura.  
Sólo lo difícil.  
Sólo lo oscuro.  
Y contra él, en él, el fuego levantando  
su columna viva, dorada, real.  
El amor es  
quien ve.

Fuente: *A media voz*

***Usted tenía razón, Tallet:  
somos hombres de transición***

Entre los blancos a quienes, cuando son casi polares, se les ve circular la sangre por los ojos, debajo del pelo pajizo,

Y los negros nocturnos, azules a veces, escogidos y purificados a través de pruebas horribles, de modo que sólo los mejores sobrevivieron y son la única raza realmente superior del planeta;

Entre los que sobresaltaba la bomba que primero había hecho parpadear a la lámpara y remataba en un joven colgando del poste de la esquina,

Y los que aprenden a vivir con el canto marchando vamos hacia un ideal, y deletrean Camilo (quizá más joven que nosotros) como nosotros Ignacio Agramonte (tan viejo ya como los egipcios cuando fuimos a las primeras aulas);

Entre los que tuvieron que esperar, sudándoles las manos, por un trabajo, por cualquier trabajo,

Y los que pueden escoger y rechazar trabajos sin humillarse, sin mentir, sin callar, y hay trabajos que nadie quiere hacerlos ya por dinero, y tienen que ir (tenemos que ir) los trabajadores voluntarios para que el país siga viviendo;

Entre las salpicadas flojeras, las negaciones de San Pedro, de casi todos los días en casi todas las calles,

Y el heroísmo de quienes han esparcido sus nombres por escuelas, granjas, comités de defensa, fábricas, etcétera; porque no podíamos ir a sus colegios ni llegamos a creer en sus dioses,  
Ni mandamos en sus oficinas ni vivimos en sus casas ni bailamos en sus salones ni nos bañamos en sus playas ni hicimos juntos el amor ni nos saludamos,

Y otra clase en la cual pedimos un lugar, pero no tenemos del todo sus memorias ni tenemos del todo las mismas humillaciones,

Y que señala con sus manos encallecidas, hinchadas, para siempre deformes,

A nuestras manos que alisó el papel o trastearon los números;

Entre el atormentado descubrimiento del placer,

La gloria eléctrica de los cuerpos y la pena, el temor de hacerlo mal, de ir a hacerlo mal,

Y la plenitud de la belleza y la gracia, la posesión hermosa de una mujer por un hombre, de una muchacha por un muchacho,

Escogidos uno a la otra como frutas, como verdades en la luz;

Entre el insomnio masticado por el reloj de la pared,

La mano que no puede firmar el acta de examen o llevarse la maldita cuchara de sopa a la boca,

El miedo al miedo, las lágrimas de la rabia sorda e impotente,

Y el júbilo del que recibe en el cuerpo la fatiga trabajadora del día y el reposo justiciero de la noche,

Del que levanta sin pensarlo herramientas y armas, y también un cuerpo querido que tiembla de ilusión;

Entre creer un montón de cosas, de la tierra, del cielo y del infierno,

Y no creer absolutamente nada, ni siquiera que el incrédulo existe de veras;

Entre la certidumbre de que todo es una gran trampa, una broma descomunal, y qué demonios estamos haciendo aquí, y qué es aquí,

Y la esperanza de que las cosas pueden ser diferentes, deben ser diferentes, serán diferentes;

Entre lo que no queremos ser más y hubiéramos preferido no ser, y lo que todavía querríamos ser,

Y lo que queremos, lo que esperamos llegar a ser un día, si tenemos tiempo y corazón y entrañas;

Entre algún guapo de barrio, Roenervio por ejemplo, que podía más que uno, qué coño,

Y José Martí, que exaltaba y avergonzaba, brillando como una estrella;

Entre el pasado en el que, evidentemente, no habíamos estado, y por eso era pasado,

Y el porvenir en el que tampoco íbamos a estar, y por eso era porvenir,

Aunque nosotros fuéramos el pasado y el porvenir, que sin nosotros no existirían.

Y, desde luego, no queremos (y bien sabemos que no recibiremos) piedad ni perdón ni conmiseración,

Quizá ni siquiera comprensión, de los hombres mejores que vendrán luego, que deben venir luego: la historia no es para eso,

Sino para vivirla cada quien del todo, sin resquicios si es posible

(Con amor sí, porque es probable que sea lo único verdadero).

Y los muertos estarán muertos, con sus ropas, sus libros, sus conversaciones, sus sueños, sus dolores, sus suspiros, sus grandezas, sus pequeñeces.

Y porque también nosotros hemos sido la historia, y también hemos  
construido alegría, hermosura y verdad, y hemos asistido a la luz,  
como hoy formamos parte del presente.

Y porque después de todo, compañeros, quién sabe

Si sólo los muertos no son hombres de transición.

Fuente: *La palabra virtual*

## **Victoria**

Volví a verla en el hospital de cancerosos  
donde mi padre se moría.  
Le pedí que me lo cuidara  
y me respondió que ella lo hacía con todos,  
con todas.  
Al regresar yo, ella estaba  
fregando de rodillas el piso con luz en el rostro.  
Le llevaba una rosa roja, y me dijo  
que la aceptaría esa única vez,  
porque seguramente yo ignoraba que ellas  
no podían (ni querían) recibir ningún regalo.  
¿Ni siquiera un libro? ¿No había al menos un libro que  
necesitara?  
Ni siquiera un libro.  
Cuando yo era un muchacho tímido y solitario al que quizá no  
llegó a saludar,  
Ella era de los mayores en la Facultad de Filosofía y Letras,  
La de la inolvidable belleza morena,  
La inteligente, la grave, la audaz.  
Queríamos hacer un mundo mejor  
que ese cruel y feo y sin embargo extrañamente amado  
en que nos había tocado nacer,  
y buscábamos en libros respuestas a nuestras preguntas,  
en libros atestados de preguntas que a menudo nos distraían.  
Se fue a Francia antes que nosotros, para seguir buscando.  
Ricardo, con su férvida voz neblinosa,  
me habló luego de ella, de lo que estaba ocurriendo en ella.  
Estudiaba con un gran maestro, a quien tanto admirábamos  
por lo que conocía y por lo que padecía.  
El maestro se dio cuenta de quién era y le pidió que quedara a  
su lado.  
Pero ella ya no podía hacerlo.  
No podía quedar junto a nadie, en ningún lugar.  
Otro (así creía ella) la había conquistado.

Para nadie sería su belleza.  
Para nadie su avidez de saber, su necesidad de justicia.  
O para todos.  
Me dicen que estuvo en Asia sirviendo oscuramente, como hizo  
siempre adonde la enviaran.  
La había encontrado en Santiago de Cuba, en 1959.  
Gris era su ropa, y alumbrada su sonrisa.  
Ha muerto no hace mucho, atravesando la Isla en un humilde  
tren  
en que viajaba con otras monjas como ella.  
Se sintió mal. Fue al baño, de donde no salió viva.  
El corazón.  
Ahora no puedes impedirme que ponga una flor sobre tu  
sombra,  
Victoria. ¿Victoria?

Festival de Poesía de Medellín. Revista

## ***Bibliografía***

- Elegía como un himno, La Habana, 1950
- Patrias. 1949-1951, La Habana, 1952
- Alabanzas, conversaciones. 1951-1955, México, 1955
- Vuelta de la antigua esperanza, La Habana, 1959
- En su lugar, la poesía, La Habana, 1959
- Con las mismas manos. 1949-1962, La Habana, 1962
- Historia antigua, La Habana, 1964
- Poesía reunida. 1948-1965, La Habana, 1966
- Buena suerte viviendo, México, 1967
- Que veremos arder, La Habana, 1970.
- A quien pueda interesar (Poesía 1958-1970), México
- Cuaderno paralelo, La Habana, 1973
- Circunstancia de poesía, Buenos Aires, 1974
- Revolución nuestra, amor nuestro, La Habana, 1976
- Palabra de mi pueblo. Poesía 1949-1979, La Habana, 1980
- Circunstancia y Juana, México, 1980
- Juana y otros poemas personales, Managua, 1981
- Poeta en La Habana, Barcelona, 1982
- Hacia la nueva, La Habana, 1989
- Hemos construido una alegría olvidada. (1949-1988), Madrid, 1989
- Mi hija mayor va a Buenos Aires, La Habana, 1993
- Algo semejante a los monstruos antediluvianos. 1949-1988,
- Las cosas del corazón, La Habana, 1994
- Una salva de porvenir, Matanzas, Cuba, 1995
- Aquí, Caracas, 1995
- Esta especie de poema. Antología poética, Puerto Rico, 1999
- Versos, La Habana, 1999.

## ***En Internet:***

- [http://es.wikipedia.org/wiki/Roberto\\_Fern%C3%A1ndez\\_Retamar](http://es.wikipedia.org/wiki/Roberto_Fern%C3%A1ndez_Retamar)
- Roberto Fernández Retamar: Poeta y teórico literario
- Recital Silvio Rodríguez Roberto Fernández Retamar en YouTube
- En el arte no puede hablarse de derecha e izquierda
- La lealdad a la verdad (Entrevista con Roberto Fernández Retamar)
- Recitación: Con las mismas manos
- A quien pueda interesar: poesía, 1958-1970
- Literatura u.s.: Roberto Fernández Retamar ; poemas
- Recitación de un poema: Usted tenía razón, Tallet

## **Índice**

3	Apunte biográfico
5	A un poeta de antes
6	Al devolver el original de un poema
7	Canciones de pocas palabras
9	Como a ellos
10	Con las mismas manos de acariciarte
12	Deber y derecho de escribir sobre todo
13	Desagravio a Federico
16	Duerme, sueña, haz
18	El capitán
19	El otro
20	En el mar. Ítaca
21	Epitafio de un invasor
22	Epitafio en Girón
23	Esta tarde y su lluvia
24	Felices los normales
25	Hacia el anochecer
26	Los feos
27	Los poetas nos han dejado dicho
28	Los que se casan con trajes alquilados
29	Llama guardada
30	Oyendo un disco de Benny Moré
31	Palacio cotidiano
32	Que veremos arder
33	Sólo existe
34	Sonata para pasar esos días y piano
36	Súplica del ciego
37	Una salva de porvenir
38	Usted tenía razón, Tallet
42	Victoria
44	Bibliografía



**Colección de Poesía Crítica**  
*“Entre los poetas míos...”*

1	Ángela Figuera Aymerich	38	David Eloy Rodríguez
2	León Felipe	39	Lawrence Ferlinghetti
3	Pablo Neruda	40	Francisca Aguirre
4	Bertolt Brecht	41	Fayad Jamís
5	Gloria Fuertes	42	Luis Cernuda
6	Blas de Otero	43	Elvio Romero
7	Mario Benedetti	44	Agostinho Neto
8	Erich Fried	45	Dunya Mikhail
9	Gabriel Celaya	46	David González
10	Adrienne Rich	47	Jesús Munárriz
11	Miguel Hernández	48	Álvaro Yunque
12	Roque Dalton	49	Elías Letelier
13	Allen Ginsberg	50	María Ángeles Maeso
14	Antonio Orihuela	51	Pedro Mir
15	Isabel Pérez Montalbán	52	Jorge Debravo
16	Jorge Riechmann	53	Roberto Sosa
17	Ernesto Cardenal	54	Mahmud Darwish
18	Eduardo Galeano	55	Gioconda Belli
19	Marcos Ana	56	Yevgueni Yevtushenko
20	Nazim Hikmet	57	Otto René Castillo
21	Rafael Alberti	58	Kenneth Rexroth
22	Nicolás Guillén	59	Vladimir Maiakovski
23	Jesús López Pacheco	60	María Beneyto
24	Hans Magnan Enzensberg	61	José Agustín Goytisolo
25	Denise Levertov	62	Ángel González
26	Salustiano Martín	63	Manuel del Cabral
27	César Vallejo	64	Endre Farkas
28	Óscar Alfaro	65	Ana Ajmatova
29	Abdellatif Laâbi	66	Daniel Bellón
30	Elena Cabrejas	67	José Portogalo
31	Enrique Falcón	68	Julio Fausto Aguilera
32	Raúl González Tuñón	69	Aimé Césaire
33	Heberto Padilla	70	Carmen Soler
34	Wole Soyinka	71	Fernando Beltrán
35	Fadwa Tuqan	72	Gabriel Impaglione
36	Juan Gelman	73	Roberto Fernández Retamar
37	Manuel Scorza		

Continuará...

Cuaderno 73 de Poesía Social  
ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR  
Biblioteca Virtual  
OMEGALFA  
Marzo  
2014  
⊖